

EL REGRESO

Hasta que no cumplió los setenta no se atrevió a regresar al pueblo. Esta vez estaba decidido a arreglar cuentas -¿consigo mismo? ¿con los fantasmas del pasado?- antes de la partida definitiva. “El mundo no se ha hecho para los cobardes”, se repitió durante más de treinta años, pero nunca llegó a convencerse del todo. No, hasta el punto de volver a aquel escenario.

Llegó a la casa destartalada del cerro, abrió la cancela, tan oxidada como sus huesos, y empujó la puerta, que cedió sin dificultad, podrida como estaba, emitiendo unos graznidos que detuvieron sus pasos en seco y le hicieron tragar saliva.

Se paró en mitad de la estancia hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Por instinto, elevó la mirada hasta la puerta del desván, el cuarto donde encontraron su cuerpo, cerrado para siempre tras aquel día aciago en que su vida se hizo añicos, igual que la de ella. (“¿Por qué haría algo así?”, fue el mantra que se repetiría durante todo este tiempo).

Recuerda que se lo llevaron lejos de allí, que nunca preguntó, que nadie le explicó. El silencio se apoderó de su ánimo y no volvió a pronunciar una palabra. Desde entonces, cada verano viajaba al pueblo, decidido a remendar su vida, a buscar razones, a ponerse en paz con su conciencia y con sus recuerdos; pero, año tras año, tomaba de nuevo el coche de vuelta sin atreverse siquiera a pasar por la casa.

Al llegar a los setenta, de pronto, se sintió viejo y creyó llegado el momento. Se fue despidiendo de los conocidos -ningún amigo-, de la ciudad... Compró un billete; sólo de ida.

Había ascendido la loma con paso cansino y renqueante, y una vez dentro, entre las perolas, los cuatro trastos devorados por la carcoma y las ratas, reconoció la pequeña silla de enea que parecía observarle desde el rincón más oscuro -donde quedó confinada desde que ella decidió marcharse de su lado-. No pudo soportar la visión y la apartó de su vista, junto con el costurero y las lentes gastadas, porque la imaginación traicionera se empeñaba en imaginarla viva, sentada bajo la parra, zurciendo calcetines en esas tardes cenicientas que presagiaban el final del verano. No de su vida.

Cogió la silla, que le miraba acusadora, y subió la escalera, dando tumbos, golpeando con ella cada peldaño... Bum... Bum, hasta abrir la puerta del desván que permanecía en penumbra. Hizo entonces memoria de una gruesa maroma; tanteó el suelo, hasta encontrarla, y se situó, con ella al brazo, bajo la viga central. De pronto, pareció recordar algo; palpando en el interior del abrigo, sacó un ramillete de flores secas que había guardado durante todos estos años, para llevárselas a ella, si es que algún día se aventuraba a volver.

La oscuridad le había espantado y decidió acabar cuanto antes.

A punto de subir a la silla, buscó una horca larga, se llegó hasta el ventanuco alto, tapado con una arpillera, y atinó a engancharla y despejar la ventana de un golpe. ("Quiero ver el cielo de mi pueblo por última vez", se dijo).

En su ofuscación, no reparó que las palomas se habían adueñado del desván. A los movimientos del hombre, una bandada de aves espantadas comenzaron a revolotear a

su alrededor, frenéticas, cegándole con el polvo de sus plumas, rozando la cabeza con sus alas, y haciendo que de pronto se sintiera tan vivo como cuando, de chico, feliz y excitado, jugaba a perseguirlas por la era, hasta caer, completamente agotado.

Así hizo ahora, con los ojos cerrados, sus brazos convertidos en las aspas de un improvisado molino, girando y espantando a las aves, sin freno y sin malicia.

- “Si ella me viera -lamentó-. Ella, que no tenía otras ansias que las de criar palomas, y que nunca sacrificaba”, lo que jamás entendió.

Cuando logró serenarse, el recuerdo se despezó en su interior, y se acercó a ver los nidos: unos, repletos de huevos; en otros, un par de picos abiertos, antecedían a dos figuras, sólo ojos, calvas, diminutas y frágiles que, voraces y con un piar desesperado, clamaban por vivir.

Le cayó la soga que aguantaba en el brazo mientras las flores presas en la mano se desparramaban por el suelo. En un ataque de desesperación, destrozó la silla a patadas y, luego, vencido, se acurrucó sobre sí mismo en un rincón, y lloró durante horas aquellos treinta años de vacío y soledad.

Amaneció. El hombre respiró profundamente, secó su llanto, y decidió que era hora de regresar por el mismo camino. Al salir, la luz le arañó los ojos. De un golpe seco, cerró la puerta, y mil palomas parecieron acompañar su marcha. Le pareció sentir que le llamaban y cuando se volvió, creyó ver que ella le despedía, desde allá arriba, agitando una mano y descansándola después sobre el pecho.

Echó a andar. Bajó silbando la loma y supo que aún podría recuperar su vida.